

Actitud de lector... La del lector es una postura única, inconfundible, que supone un cierto recogimiento y una toma de distancia, un “ponerse al margen” para, desde ahí, producir observación, conciencia, viaje, pregunta, sentido, crítica, pensamiento. Exactamente lo contrario del autómatas. Lo contrario de quien funciona irreflexivamente, obedece consignas o reproduce a pie juntillas los modelos. El lector, digamos, hace un alto, desenchufa la máquina y se toma su tiempo para mirar y para pensar. Por propia decisión deja de dar por sentado lo que tiene ahí delante. Lo pone entre paréntesis. Adopta en cierta forma la posición del recién llegado, del extranjero... Eso que tiene ahí adelante –una escena, un paisaje, un discurso, un relato, un texto escrito...– deja de ser “natural” y toma la forma de un enigma. Hay un momento de perplejidad, de sorpresa, de desconcierto... pero enseguida el lector acepta el reto. Explora, hurga, busca indicios, trabaja construyendo sentido.... Los acertijos le gustan. Entra en el juego de buena gana, con ánimo curioso, tenaz, inconformista... Así es la actitud del lector. Y es una actitud, digamos, fundante. Se puede tener un oficio u otro, moverse en este o aquel círculo social, y funcionar –simplemente– durante buena parte del día, pero basta que uno adopte la actitud de lector para que tenga lugar la mutación: uno deja de ser engranaje y se convierte en “el que lee”.
Estar frente a un libro no supone, necesariamente, por sí mismo, haber adoptado esta posición de lector, haber pegado el salto. Se

podría estar frente a un libro, decodificar y hasta memorizar un texto escrito, sin haberlo “leído”, sin haber construido, personalmente, nada, como si el juego le perteneciera a otro. Por el contrario, ¿quién podría dudar de que un niño que observa el lenguaje, se detiene en una palabra sorprendente y le inventa una etimología estrambótica y del todo personal, de algún modo está “leyendo”? O bien, puede suceder que, en medio de un quehacer automático –la cinta de armado de una fábrica, como en *Tiempos Modernos*, o la línea de cajas de un supermercado...– aparezca de repente un gesto, una mirada, una velocísima sonrisa, un comentario escueto, que dan a entender que ahí alguien ha hecho un alto y “ha leído”, ha mirado con curiosidad y sorpresa y ha construido un sentido... Todo el humor de la escena en la que Carlitos Chaplín es sometido a la “máquina de almorzar” en *Tiempos modernos* deriva del contrapunto irónico entre el automatismo insensato de la máquina y los ojos y las cejas de quien, además de sufrir la situación, busca denodadamente un pequeño margen desde donde “leerla”...

Sin embargo, no se puede negar que hay situaciones más propicias a la lectura que otras. La ocasión tiene su importancia. Y la disponibilidad. Y también las destrezas, las prácticas, cierto entrenamiento... La actitud de lectura, esa postura primera, hecha de toma de distancia, perplejidad y arrojo –una actitud en cierta forma natural y condición necesaria para cualquier forma ulterior de lectura– no es un don mágico y eterno sino

una historia. Una historia hecha de prácticas y episodios de la que no se conoce el desenlace. Puede madurar o achicarse. Puede abrirse o sumirse hasta claudicar. El mismo niño que se asombraba ante el lenguaje puede, con el tiempo y la falta de estímulo, darlo por sentado. El que estaba dispuesto a contar sus sorpresas y sus descubrimientos, si no es oído, puede no sólo dejar de contar sino también de sorprenderse. Y el que no fue llevado a “despertar” frente al libro estará, posiblemente, cada vez más dispuesto a dormirse sobre él bostezando aburrimiento.

Y la escuela es la gran ocasión ¿quién lo duda? La escuela puede desempeñar el mejor papel en esta puesta en escena de la actitud de lectura, que incluye, entre otras cosas, un tomarse el tiempo para mirar el mundo, una aceptación de “lo que no se entiende” y, sobre todo, un ánimo constructor, hecho de confianza y arrojo, para buscar indicios y construir sentidos (aun cuando sean sentidos efímeros y provisionarios). Si la escuela aceptara expresamente –institucionalmente– ese papel de auspicio, estímulo y compañía, las consecuencias sociales serían extraordinarias.

